

Los paseos del soñador solitario

Director de la colección de autores portugueses:
Antonio Sáez Delgado

Almeida Faria

Los paseos del soñador solitario

TRADUCCIÓN DE ANTONIO SÁEZ DELGADO



LA UMBRIA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Título original: *Os Passeios do Sonhador Solitário*

Los paseos del soñador solitario
Almeida Faria

Primera edición: abril de 2017

© de la traducción, Antonio Sáez Delgado, 2016

© de la ilustración de la portada, Mário Botas

© de las imágenes de *Vanitas*, Museo Calouste Gulbenkian

© Fotografía: Catarina Gomes Ferreira

© de la edición, Editorial La Umbría y la Solana, 2017

c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent y Feliciano Novoa Portela

Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado

Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-946988-0-4

Depósito legal: ...

Impresión: Nemac Comunicación

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Los paseos del soñador solitario	9
Vanitas	39

Los paseos del soñador solitario

Durante mis viajes solitarios, una noche me encontré en el metropolitano de Nueva York, tranquilamente sentado en medio de un grupo punk con exóticos trajes, alfileres clavados en varios sitios de la cara, el pelo pintado de amarillo, morado, rosa, verde o naranja, todos con un aire triste, deprimidos, callados. No me hicieron caso ni me mostré impresionado por su espectáculo silencioso, pero cuando salieron en una estación *downtown* noté que uno de ellos se quedó solo conmigo en el vagón un tanto inquietante, con las paredes completamente llenas de grafitis más o menos obscenos, algunas frases divertidas, la mayoría solo salvajes. A esa hora tardía son pocos los que se aventuran al metro, donde asaltos y violaciones y sustos son moneda corriente, un mal menor, comparado con algún que otro asesinato cometido. Puede suceder que nos pasemos la noche entera circulando en uno de esos trenes sin que nadie nos moleste. Fijándome mejor en mi vecino, vi que se parecía a un perro, excepto en el porte de hombre con sombrero alto y chaqué, solemnemente ridículo por no llevar pantalones; en los pies, calcetines color crema sin zapatos, leía el *New Yorker* relajado y concentrado, sin mirarme ni sospechar que yo lo considerase fuera de lo normal. Me fascinó su compostura de *gentleman* desplazado

en el tiempo y el espacio, en una época en que la idea de *gentleman* pertenece al pasado, en un sórdido *underground* al que parecía *habitué*, cómodamente instalado, como si estuviese en su casa. Mi curiosidad no encontró mejor pretexto que preguntarle la hora, a lo que él respondió sacándose un reloj de bolsillo, prendido al botón del chaleco por una cadena de oro, y me informó de que eran las doce y media de la noche. El acento marcado me facilitó el argumento para fingir querer saber si era francés. «Lo he sido, ciertamente», respondió sin más. ¿Y por qué perdió la nacionalidad? «Fui francés en otra vida, ahora soy apátrida», y volvió a la lectura, imperturbable, sin interés por hablar. Pero yo no iba a perder la oportunidad de preguntarle sobre el sentido de *en otra vida*. «*En otra vida* significa exactamente eso, ¿o ignora que después de muertos nos transformamos en animales, de acuerdo con nuestra auténtica naturaleza?». Lo ignoraba, es decir, conocía la mitología, recordaba que Hécuba, madre de Héctor, se había metamorfoseado en perra; que el infierno lo guardaba Cerbero, perro con cincuenta o solo tres cabezas y cuya cola tenía forma de serpiente; que Anubis, dios de los muertos, tanto se diría perro como chacal. Estaba dispuesto a aceptar que los mitos fuesen metáforas de otras realidades que, en suma,

contasen verdades ocultas, pero no que *post mortem* me tocase a mí mismo y me encontrase cubierto de escamas o plumas, pez de las profundidades o lechuza filosófica. Sin dejarme pensar en nuestros hermanos animales, mi vecino prosiguió:

«No conviene que lo sepan los vivos que, además, ya han vivido otras vidas, aunque lo hayan olvidado al nacer; en el más allá hay edificios enormes, oficinas de empleo altamente burocráticas, llenas de ficheros y archivos con las vidas disponibles; desgraciadamente, el abanico de opciones es reducido, las buenas profesiones tienen mucha demanda, y consta que no faltan enchufes, que los ángeles y arcángeles cobran comisiones a las que ciertos santos no son insensibles; en suma, el desbarajuste de este mundo, algo más sutil pero no menos corrupto. En este momento yo podría ser un tipo bruto e inculto, un enfermo del deporte, un político demagogo, posibilidades que no me agradan; y como hasta hoy no me ha satisfecho ninguna de ellas, prefiero esperar otro momento; ahora solo vuelvo dentro de diez años, porque estoy menos mal donde estoy, todos los meses pregunto en el mostrador de llegadas si hay gente importante venida de fresco, intento mantener mi actividad conviviendo con



fulanos inteligentes, preferentemente artistas y algunos aventureros; de los profesores desconfío, he tenido experiencias desastrosas; y, sin embargo, no me quejo, tiendo a ser pacífico, pasivo, proclive a la meditación y a la lectura de los grandes humoristas».

Confirmando sus palabras, volvió al *New Yorker* abierto por una crónica de Jane Kramer. Sentí que debía dejarlo leer en paz, lo que me permitía observar su cabeza bamboleante meneándose al ritmo del tren, que se deslizaba por los apeaderos desiertos sin detenerse. Ruido de raíles, chirridos de frenos antes de las curvas, el sueño apoderándose de los párpados, el miedo a dormirme allí y despertar al otro lado, todo influyó para decidirme a preguntarle: me gustaría que me contase con detalle cómo se procesan las cosas por el lado del mundo subterráneo, si no le cuesta demasiado. «Costar me cuesta, pero si me promete no interrumpirme constantemente con preguntas innecesarias, se lo puedo contar». Se lo prometí, y él empezó a contármelo:

«Nací en París, soy uno de los cinco hijos que Jean-Jacques Rousseau dejó en la plaza pública, fui recogido por una pareja de campesinos de una parroquia de los alrededores, gente pacífica y